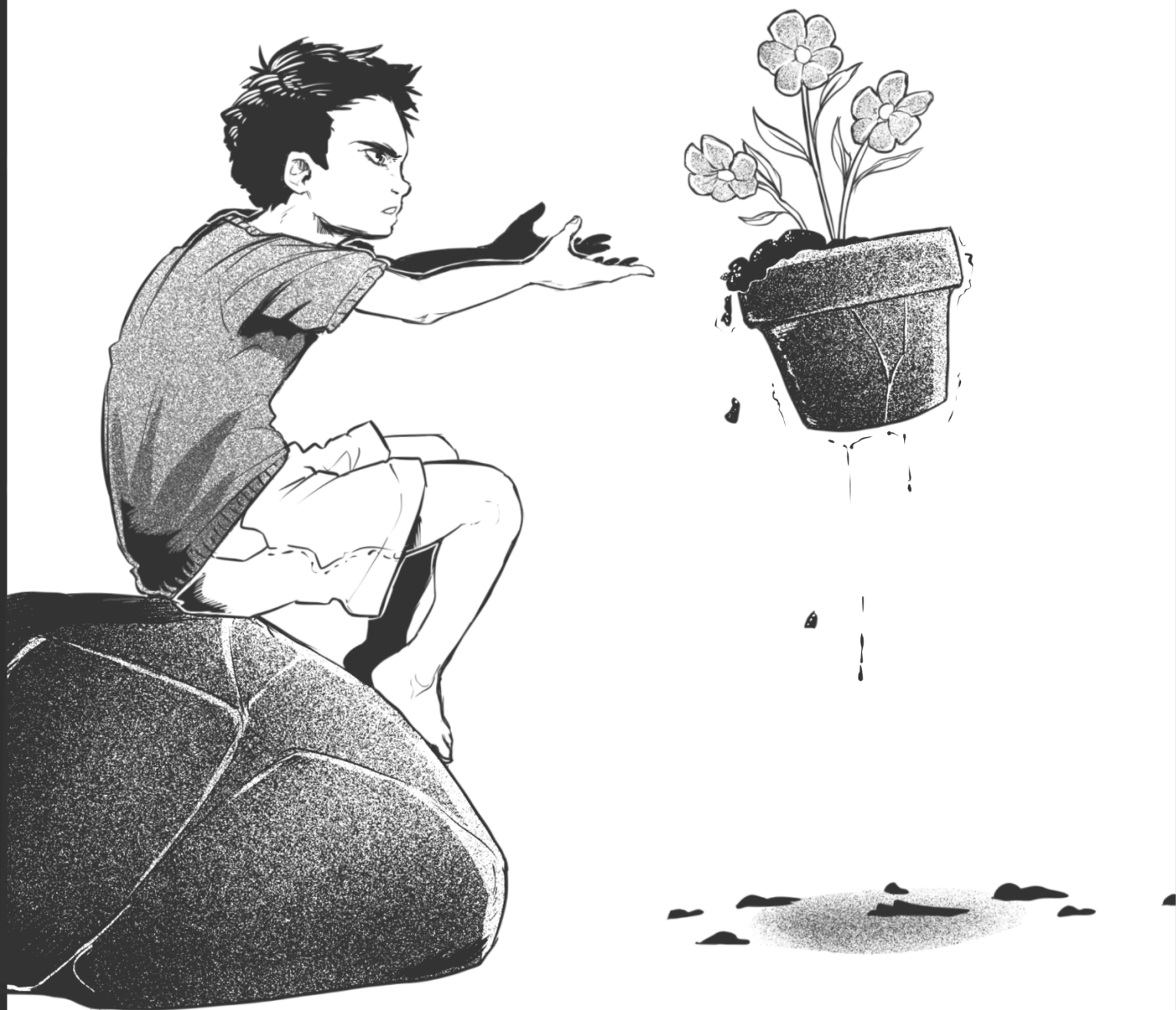


Autor: Abilio Ayuso
EL PODER
MENTAL

Ilustrador Ronny Bravo



Si descubrieras que con la mente podías controlar todo aquello
que te rodea, ¿lo harías público?, ¿o preferirías callar y pasar desapercibido?.

+12

Marcos era hijo de un rico heredero, cuya principal misión en la vida era divertirse y disfrutar de todos los placeres que su fortuna pudiera ofrecerle. Le ayudaba con entusiasmo su esposa, una aristócrata de familia arruinada que junto a él pudo retomar el tipo de vida al que estaba acostumbrada.

¿Porque aquellos irresponsables quisieron tener un hijo?, tal vez porque estaba bien visto, o para que no se dijera que eran estériles, o como una aventura más, el caso es que poco después de nacer, una vez pasada la novedad, lo dejaron a cargo del abuelo materno, ayudado por los criados.

A los cuatro años veía a sus padres en contadas ocasiones, a veces en un intervalo entre la temporada de esquí, la de caza y algún viaje exótico. Para él eran unos extraños que llegaban aparatosamente diciendo banalidades que apenas entendía, montaban alguna fiesta en la que tenía que desaparecer en su habitación y volvían a marchar quien sabe a dónde.

Para Marcos su verdadera y única familia era su abuelo a quien confiaba todas sus experiencias y pensamientos.

Por eso, a sus siete años, fue al único que comunicó la insólita experiencia de aquel día: Estaban en la montaña disfrutando de una agradable mañana primaveral, el abuelo leía un libro y su nieto recogía pequeñas piedras de colores cuando descubrió una muy bonita en el interior de una grieta, estiró el brazo al máximo para atraparla, pero le faltaban unos centímetros para lograrlo, no estaba dispuesto a renunciar a ella, así que alargó los dedos todo lo posible mientras la miraba fijamente, para su sorpresa el guijarro se pegó a su mano como si esta fuera un imán.

Se la quedó mirando anonadado, estaba convencido de haber encontrado una piedra mágica, la depositó cuidadosamente sobre la hierba, estiró el brazo con firmeza ordenándole que viniera a su mano, en principio no sucedió nada, lo pensó con más fuerza diciendo entre dientes: “Quiero que vengas a mi mano”, y la piedra se deslizó como sujeta por un hilo invisible.

Estuvo un buen rato practicando hasta que casi no le costó nada que sucediera el milagro, en aquel momento se dirigió a su abuelo con cara radiante de felicidad y mostrando el guijarro de colores en su mano le dijo: “Mira abuelo, he encontrado una piedra mágica”.

El anciano esbozó una amable sonrisa y contestó: “¿Porque crees que es mágica?”.

“Míralo tú mismo”, le contestó depositándola en el suelo y diciendo con aire teatral: “Ven a mi mano”.

Cuando el abuelo observó el movimiento de la piedrecilla, su amable sonrisa se esfumó dando paso a un semblante de preocupación. De inmediato le dijo a su nieto:

“Hagamos otra prueba, deja la piedra mágica en mi bolsillo y prueba con esta otra normal como si fuera la piedra mágica”.

Después de varios intentos Marcos consiguió que aquella piedra se desplazara hacia su mano, al verlo gritó encantado: “Otra piedra mágica, que suerte he tenido”.

Por toda respuesta el abuelo tomó una ramita rota y le dijo: “Prueba con esto”.

En esta ocasión el niño consiguió que el palito describiera una serie de espirales antes de llegar a su mano y en pleno éxtasis dijo: “Hemos encontrado un bosque encantado, todo aquí es mágico”.

Su abuelo le miró muy seriamente y contestó: “No mi cielo, aquí no hay nada mágico, si se lo ordenara yo estas piedrecillas no se moverían ni en cien años”.

“¿Entonces que pasa?”.

“Pasa que la magia está en ti, y no es magia, se llama telequinesia y es un don que muy pocas personas poseen”.

“Entonces podré hacer magia de verdad y dejar alucinados a mis compañeros”.

Por toda respuesta el abuelo le tomó por la cintura sentándolo en una roca plana de forma que sus ojos quedaran al mismo nivel y con semblante muy serio le dijo: “Escucha bien esto y hazme caso, porque en este asunto te juegas tu felicidad y tu propia vida”.

“Yo siempre te hago caso abuelo”.

“Pues en este asunto más aún: Nunca, en toda tu vida debes explicarle a nadie que tienes este poder, ni hacer nada que te descubra”.

“¿Ni a los papás tampoco?”.

“A esos menos que nadie”.

“¿Porque abuelo?”.

“Porque eso arruinaría tu vida, serías el bicho raro. Para unos, objeto de laboratorio, para otros, algo demoníaco, no te dejarían en paz, tu vida sería un infierno”.

“Que lata, entonces tendré un poder, pero no podré hacerme el chulo ni usarlo para nada”.

“Hacerte el chulo no, pero sí que podrás usarlo siempre que lo hagas con

precaución”.

“¿Cómo, a escondidas?”.

“En principio practicar sin que nadie te vea, ir cogiendo más dominio para poder hacer cosas complejas”.

“¿Y de qué me servirá?”.

“Estoy seguro de que en la vida encontrarás muchas utilidades para tu don, pero sin que nadie pueda relacionarte con lo sucedido”.

“Por ejemplo, en el colegio, si un matón de los mayores me pega puedo hacer que se caiga por las escaleras y se rompa un brazo”.

“No es muy ético, pero tampoco es ético que te pegue aprovechando su fuerza, en este caso tendrías que hacerlo al día siguiente y no estando tu cerca, y ni mucho menos mirándolo”.

“Pero para mover las piedras tengo que estar cerca, mirarlas y concentrarme”.

“Verás cariño, tú y yo tenemos dos manos, ojos, oídos y un cerebro, pero somos incapaces de interpretar una partitura compleja al piano, ¿Por qué?”.

“Porque nadie nos ha enseñado”.

“No exactamente, aunque ahora apareciera un profesor de música con su piano y nos mostrara como se hace, seríamos incapaces de repetirlo, ¿Sabes por qué?”.

“Porque con una lección no basta”.

“Pero sobre todo porque para lograrlo hace falta práctica, mucha práctica, lo mismo que si contemplamos al patinador ejecutar un triple salto sobre el hielo, vemos como se hace, pero para igualarlo necesitaríamos practicar durante años, eso suponiendo que tuviéramos la constitución física adecuada, pues lo mismo te pasará a ti, si practicas calladamente conseguirás hacer cosas que ahora te parecen milagrosas”.

Así lo hizo el muchacho, dedicando a ello todas sus energías, al cabo de poco tiempo podía extender su influencia a casi cualquier objeto, aunque no lo tuviera a la vista.

A partir de entonces se propuso nuevos retos tomando a seres vivos como objetos de su experimento.

Estando en la terraza de su casa se concentró en que una bandada de gorriones viniera a comer de su mano, y lo consiguió.

Observando al gato del vecino en su jardín, logró que caminara un buen rato sobre dos patas.

El siguiente nivel fueron las personas, no le fue difícil que el cartero recorriera un tramo de la calle con su pesada cartera en equilibrio sobre la cabeza.

Lo que le costó más fue dominar algunos fenómenos de la naturaleza, por ejemplo, que aquel macizo de flores que se había marchitado rebrotara con renovada fuerza, que parara de llover en el momento en que debía salir, o que gran parte de los rayos de una tormenta se concentraran sobre un monumento que detestaba.

En la práctica procuraba llevar una vida normal sin efectuar nada que pudiera delatarle, aunque había excepciones, como la vez que el autobús de la excursión partió un par de minutos antes de lo programado dejándole en tierra.

Cien metros más allá su motor se detenía sin que ninguno de los esfuerzos del conductor por arrancarlo surtiera efecto, Marcos se acercó caminando tranquilamente, penetrando por la puerta que el hombre había dejado abierta al descender para revisar el motor, después de presionar algunos cables que en realidad estaban bien conectados volvió a probar y... Perfecto, el motor arrancó a la primera, se giró hacia las profesoras con aire de experto triunfador diciendo: “Un falso contacto, nada que un mecánico experto no pueda arreglar”.

Un evento que tuvo que planificar con más cuidado fue el librarse de un matón que la había tomado con él. Aunque en momentos puntuales lograba influenciarle para que le dejara tranquilo, aquella testaruda masa de músculos volvía a la carga con renovada energía, lo que le obligó a tomar una decisión drástica.

Acabada la clase descendían corriendo desde el cuarto piso hacia el recreo, Marcos se quedó el último pretendiendo que se abrochaba un zapato, cuando distinguió más abajo la cabeza del zoquete se concentró en ella y el matraco gritó: “Dejad paso a la fiera”, mientras se ponía de pie sobre la barandilla y saltaba hacia las escaleras inferiores, fue una mala caída, rebotó tres veces con un terrible ruido de huesos rotos. Se rompió los dos brazos, las dos piernas y varias costillas y evidentemente no hubo más culpable de su desgracia que él mismo, toda la clase había sido testigo de su hazaña.

No solo se perdió el curso, sino que el restar totalmente inmovilizado durante meses dependiendo de los demás hasta para mear le cambió el carácter por completo, toda esa prepotencia basada en su fuerza se fue al traste.

Cuando pudo retomar las clases al año siguiente con la musculatura atrofiada por la falta de ejercicio no era ni sombra de sí mismo.

Una ocasión en la que estuvo a punto de delatarse fue cuando una buena amiga suya fue hospitalizada por un aneurisma cerebral inoperable.

El muchacho tomó la decisión de no dejarla morir, se saltó una clase para asegurarse de que no habría visitas en el hospital, únicamente los padres velaban su coma profundo, se presentó con un ramo de flores y con su expresión más angelical les dijo: “He venido a rezar para que Dios la salve”, tras lo cual les influenció para que salieran de la habitación.

Marcos estaba aterrado, podía destruir lo que fuera solo expresando un deseo, pero curar... Era otra cosa, puso sus manos sobre la frente de la chica, se concentró profundamente pronunciando en tono muy grave el mantra que utilizaba para los grandes acontecimientos, como invocar una tormenta.

Tan absorto estaba en ello que no percibió que los padres al oír aquel sonido tan inusual se acercaron a la puerta, aunque por fortuna se quedaron allí atónitos sin reaccionar, hasta que la muchacha abrió los ojos, sonrió y dijo: “Hola Marcos, ¿Qué haces aquí?”, momento en que se acercaron llorando hacia el chico abrazándole mientras balbuceaban: “Eres un santo”, “Has hecho el milagro”, “Dios está contigo”.

Muy a su pesar tuvo que mirarlos a los ojos y decir en susurro: “Olvidaréis lo que habéis visto, nunca he venido al hospital, ella ha despertado por si sola, ahora salir de aquí y no volváis a entrar hasta que yo os lo diga”.

Seguidamente se volvió hacia su amiga que le miraba anonadada y le dijo: “En realidad tendría que hacer que tú también olvidaras mi presencia pero no me atrevo a manipularte, supongo que tu cerebro está muy débil y no sé cómo podría afectarte, pero por favor júrame que nunca explicarás a nadie que me has visto”.

“Pero yo... En realidad oía a los médicos decir que no había solución, tú me has curado, eres un ángel”.

“En realidad poseo un don que puede usarse de muchas formas, puedo ser ángel o demonio”.

“Para mí siempre serás un ángel, y no te preocupes tu secreto está a salvo conmigo, siempre he pensado que el ser agradecida es de bien nacida y no te voy a devolver mal por bien”.

A partir de aquel momento fueron inseparables, por eso a Clara no se sorprendió cuando él le dijo que viniera a su casa para hacer los deberes.

Al conducirla a su habitación y cerrar la puerta ella le dijo sonriendo: “Si esto lo hiciera cualquier otro chico saldría corriendo ahora mismo, aunque en cierto modo tu eres más peligroso que ellos, ¿Quién me dice que no usarás tu poder para

seducirme?”.

“Pues porque jamás haría una cosa tan sucia de la misma forma que no como mierda de la cloaca”.

En un tono más serio ella contestó: “Ahora que me he curado... ¿No irás a borrarme el recuerdo de lo que pasó?”.

“No seas mal pensada, anda, siéntate en la cama, voy a utilizar mi poder, pero para asegurarme de reforzar lo que ya hice y que no recaigas”.

Después de pasar los dedos por su cabeza recitando mantras con voz grave durante unos minutos le preguntó: “¿Que tal te sientes?”.

“Pues ha sido una experiencia muy placentera, casi me da vergüenza decirlo, pero era como si mi cabeza fuera un clitoris enorme, pero el orgasmo era más espiritual, menos físico”.

“Lástima que yo mismo no pueda vivir esa experiencia”.

“No puedes vivir esa en concreto, pero puedo hacerte vivir otras que tampoco están mal”, dijo ella tumbándole en la cama y comenzando a quitarle la ropa.

Se besaron, se acariciaron, se dieron placer mutuamente pero no llegaron al coito, tal vez porque comprendieron que a sus doce años no era el momento más oportuno.

Para Marcos fue la mujer de su vida y la única persona, además de su abuelo, que conocía su secreto, aunque no llegó a explicarle con detalle todo lo que podía realizar, solo le comentó que en determinadas ocasiones y bajo los efectos de una presión psicológica podía curar determinadas enfermedades.

A quien curó en varias ocasiones fue a su abuelo, pero su salud era tan mala que apenas tenía tiempo de arreglarle una dolencia que ya estaba padeciendo otra.

Finalmente, durante una de las asiduas visitas que el muchacho hacía al hospital el anciano le miró fijamente y le dijo: “He firmado un testamento vital prohibiendo a los médicos que retrasen mi fallecimiento con métodos artificiales, y eso también va por ti, no quiero que habiendo llegado mi hora, como es el caso, me mantengas vivo como una especie de zombi, prométeme que no lo harás más”.

Marcos se lo prometió entre sollozos con palabras entrecortadas.

Al día siguiente le comunicaron que su abuelo había fallecido.

Sin embargo, cuando recién cumplida la mayoría de edad recibió la noticia de que sus

padres habían muerto en un accidente aéreo no sintió ni mucho menos aquella pena tan profunda.

Mas adelante pudo comprobar que incluso había sido una suerte para él, porque sin preocuparse de sus inversiones y derrochando a manos llenas habían estado a punto de malgastar toda la fortuna que su padre había heredado.

Al llegar a ese punto dejó los estudios y se dedicó a recomponer lo poco del activo superviviente, vendió el yate, los coches de lujo y aquella enorme mansión donde siempre se había sentido como en casa ajena, reconvirtió el desaprovechado despacho situado en un ático en pleno centro de la ciudad en una agradable vivienda y conservó la casita rústica en la montaña donde tan buenos ratos había pasado con su abuelo.

No le costó demasiado rehacer la antigua fortuna de sus padres, estudió con atención los flujos de la bolsa hasta localizar algún paquete de acciones que habían experimentado una bajada notable, compró una cantidad importante y se concentró en que la gente deseara comprarlas, que pensaran que era una gran oportunidad, cuando su precio se había triplicado solo tenía que venderlas y dejar luego que cayeran por su propio peso.

A pesar de ser un muchacho poseedor de una ética y moral muy íntegras, no le remordía la conciencia efectuar este tipo de jugadas, consideraba a los especuladores de bolsa una especie de parásitos que no aportaban nada a la sociedad y con sus maniobras lo único que hacían era encarecer los productos, por eso pensaba que si en esta ocasión les tocaba perder era un justo castigo.

En la vida privada utilizaba su poder de forma muy discreta, aquel chulo que le adelantaba en la carretera de forma peligrosa padecía un reventón un kilómetro más adelante y se iba directo al vecino campo de alfalfa.

Aquella funcionaria que en lugar de atenderle seguía una conversación telefónica interminable descubría que la línea se había cortado y no había forma de reponerla.

Unos navajeros que intentaron atracarle padecieron arritmia cardíaca y se quedaron temblando en el suelo hechos un ovillo mientras él les quitaba tranquilamente las navajas las carteras, los relojes y el calzado, como justo castigo. Lo de valor se lo regaló a un par de pobres y el resto lo tiró a un contenedor. La próxima vez se lo pensarían antes de atracar a alguien.

En general su poder le facilitaba la vida, le abría camino como un rompehielos en la banquisa polar.

En una ocasión, un atractivo rompecorazones se encaprichó de Clara y dedicó todos sus esfuerzos a conquistarla, aunque ella tenía ideas muy firmes y estaba enamorada de Marcos por otra parte le halagada que aquel guaperas deseado por todas le

dedicara su atención, lástima que la fama del muchacho cambió de signo cuando todo un grupo, Clara incluida, entró en el aula de la universidad y lo encontraron dejándose sodomizar por un conocido gay heavie.

Cuando al día siguiente ella le explicaba la anécdota, Marcos le dijo: “Si es que este tipo de conquistadores en realidad son viciosos que se apuntan a cualquier cosa”, evidentemente se guardó de explicarle que había sido él quien le había influenciado para que realizara aquel numerito contranatural en un lugar y momento tan inoportuno.

Cuando ella acabó la carrera, comenzaron a vivir juntos, fueron los diez años más felices de sus vidas, sin problemas económicos ni de salud se dedicaron a vivir dulcemente, disfrutando de lo que el mundo les podía ofrecer pero sin los lujos absurdos, la ostentación y el derroche que había caracterizado a los padres del muchacho.

Eran dos desconocidos que recorrían discretamente todos los lugares bellos que hubiera en el planeta, gozando cada momento y cada instante.

Hubo muchas anécdotas, como la vez que Clara quiso fotografiarse con la manada de elefantes al fondo y un macho irritado cargó contra ella, ante el asombro de los guías, al llegar a su altura el animal se detuvo, se arrodilló y la tocó suavemente con la trompa, ella no desperdició la ocasión para hacerse toda clase de fotos, entre sus colmillos, abrazada a su cabeza, sentada sobre su pata, Etc.

El animal se retiró pacíficamente mientras Marcos decía al anonadado grupo: “Si es que mi mujer es una santa, y los animales lo reconocen”.

Una de las capacidades que le costó más desarrollar, fue influenciar a gente sin saber siquiera quienes eran, como por ejemplo el día que, en un aeropuerto les robaron el bolso de Clara sin que se dieran cuenta, Marcos se sentó en un banco, puso los codos sobre las rodillas y las manos sobre sus sienes y se concentró. Al cabo de unos minutos, para su sorpresa, se le acercó una de las señoras de la limpieza, con su carrito que transportaba una enorme papelería, y sacando de ella el bolso les dijo con expresión apenada: “Tengan, lo he retirado sin querer, pero no se preocupen, no falta nada”.

Así continuaron sus vidas, plácidamente, eludiendo los típicos problemas que afectan al resto de la humanidad, nunca les registraron las maletas en una aduana, ni tuvieron que pasar un control de alcoholemia. Aunque no hubieran reservado mesa en un lujoso restaurante el jefe de sala, sin saber porque, les daba aquella que guardaba por si llegaba alguna personalidad importante... Etc.

Pero no hay dicha que cien años dure, y la de Marcos se truncó el día en que, al volver de visitar a sus padres, el vuelo de Clara se estrelló por un fallo técnico.

Aunque en aquel tiempo sus poderes psíquicos eran notables, el revivir el cuerpo deshecho de su mujer quedaba muy por encima de sus posibilidades.

Maldijo el momento en que permitió que fuera sola ya que pensaba que de haber estado él en el avión, tal vez hubiera logrado evitar el accidente, y si no, al menos hubieran muerto juntos.

Aquello le sumió en un negro pesimismo, nunca volvió a ser el de antes, cuando retomó mínimamente su vida social lo hizo de una forma cínica y amargada, cada vez que se topaba con alguna mala persona, aunque sus actos no le afectaran a él directamente, procuraba que de una u otra forma recibiera su justo castigo.

Por ejemplo, aquellos mozalbetes grandullones que abusaban de un niño más pequeño, de repente comenzaron a golpearse entre ellos hasta quedar deshechos, al macarruzo que hacía un estrépito brutal con la moto se le bloqueaba la rueda delantera dando de bruces contra el suelo, y un largo Etc.

También efectuaba justicia de menor calibre contra aquellas personas prepotentes que iban por la vida exhibiendo chulería y despreciando al resto de los mortales, en el momento más inoportuno se meaban encima o tenían una aparatosa caída sobre el barro o vomitaban en una cena de gala o de repente les entraba el afán de beber más alcohol de la cuenta y hacían el ridículo ante toda la concurrencia, asimismo los que se creían muy listos se les trababa la lengua, tartamudeaban y decían una sarta de sandeces ante un asombrado público.

En cuestión sentimental, dado que nunca quiso ni en sueños encontrar la sustituta de Clara, comenzó a obrar en plan castigador, cuando en su vida se cruzaba una de esas bellezas que van por el mundo derrochando altanería, creyéndose diosas inalcanzables, hacía que inexplicablemente se encaprichara de él y la utilizaba para el momento y tiempo que le conviniera, para que le acompañara en aquel viaje que no deseaba realizar solo, o para presentarla como novia si estaba invitado a una boda.

De todas formas, procuraba no retenerlas más de un par de meses y hacer que fueran ellas las que cortaran la relación, eso sí, guardando la añoranza de unos orgasmos que ningún otro hombre podría ya volver a proporcionarles.

Sus amigos decían de él: “Es todo un conquistador, pero no le duran, no sabe retenerlas”.

Para aquellas de idéntico calibre que no le interesaban le bastaba con hacer que se les enganchara el vestido en momento y lugar inoportuno y se quedaran en bragas, o alguna ridiculez parecida.

Fueron innumerables las malas personas, gentuza de todo tipo a quienes, gracias a él, les ocurría una desgracia imprevista, durante muchos años actuó como vengador,

aunque de forma muy dispersa, nunca concentrándose en un lugar ni en un tipo de gente en particular, también procuraba no repetir el tipo de castigo, enfermedad, accidente, caer en desgracia con los de su propia calaña, incluso en un alarde de virtuosismo consiguió en ocasiones que dos de ellos se auto eliminaran, como la vez que aquel narcotraficante descargó en público su revolver sobre un político corrupto, siendo abatido a su vez por sus guardaespaldas.

Aquella fastuosa boda celebrada en unos lujosos jardines a la que no quisieron invitarle, a pesar de la relación familiar, porque le consideraban “un bicho raro” fue un verdadero fracaso, a pesar de las previsiones meteorológicas favorables, en el momento culminante una lluvia de barro empapó a los asistentes antes de que tuvieran tiempo de guarecerse.

Seguidamente un vendaval destrozaba todo el decorado incluyendo las mesas con el banquete que ya estaba listo para servir.

Mientras, en un hotel próximo, Marcos contemplaba la escena desde la habitación del último piso mediante unos potentes gemelos, sin poder contener las ganas de reír.

En otra ocasión consiguió que un magnate enriquecido mediante negocios turbios donara el ochenta por ciento de su fortuna a una serie de protectoras de animales. Más adelante, una vez pasado el efecto de la persuasión inducida se arrepintió, pero ya era demasiado tarde.

Marcos se decía a sí mismo que existía tanta maldad en el mundo que por mucho que se esforzara sus acciones eran como tratar de vaciar el mar con un cubo.

Continuó así hasta los sesenta y cinco años, a esa edad, cansado de que a pesar de todos sus esfuerzos no hubiera conseguido crear un mundo mejor, decidió jubilarse, se dijo a sí mismo: “En un contexto global es una labor inútil, como tratar de eliminar la hierba de una pradera arrancándola con pinzas, tampoco puedo concentrarme en limpiar un área determinada porque levantaría sospechas”.

Compró una casa antigua situada en la plazoleta de un pequeño y tranquilo pueblo, la restauró dotándola de todas las comodidades y marchó a vivir allí una sosegada vejez.

Cuando le apetecía estar solo podía retirarse a su precioso jardín rodeado de altos muros.

Sin ningún esfuerzo, casi inconscientemente creaba aquella barrera psíquica que transportaba de inmediato cualquier insecto que intentara picarle a las aguas del estanque para alimento de los peces, lo mismo hacía dando un paseo por la vegetación con los pulgones o bichos de toda clase que atacaran sus plantas.

Cuando deseaba conversación o compañía solo tenía que cruzar la plazoleta para

dirigirse a la taberna rústica situada bajo los porches al otro lado. Allí lo mismo podía comer los platos caseros de su cocina que tomar unas tapas, una copa, un café o lo que le apeteciera.

Cuando al cabo de un año el tabernero le comentó que vendía el negocio y se jubilaba le sentó fatal, pero se abstuvo de inducirle a cambiar de idea, pensó que el hombre tenía todo el derecho del mundo porque aquel comercio al frente del cual llevaba tantos años no tenía horario ni vacaciones ni festivos, si quería mantener una parroquia fiel tenía que estar siempre al pie del cañón.

Cuando advirtió que los nuevos propietarios eran unos muchachos jóvenes no quiso ser pesimista, corrían nuevos tiempos y había que dar paso a la juventud, pero sus peores temores comenzaron a confirmarse cuando la música estridente sustituyó al silencio, los posters heavies a los elementos rústicos que antes decoraban las paredes, la luz cruda a la cálida de antes, todo aquello fue expulsando poco a poco a los antiguos parroquianos y atrayendo otra clase de público que iba más a beber que a comer.

Había perdido una parte de su pequeño mundo, pero la cosa no era tan grave, en el pueblo existía otro local parecido a su antigua taberna, un poco más lejos de su casa, pero un paseo de vez en cuando no hacía daño a nadie, más bien al contrario, además allí volvió a reencontrar a los antiguos parroquianos del anterior lugar, emigrantes forzosos expulsados por la modernidad, pensó que tenía que haber un sitio para todos, para los viejos que querían jugar al dominó y para los jóvenes que querían escuchar heavie metal.

Sucedió en verano, cuando las sillas y mesas del nuevo local se extendieron por la plazoleta las motos de sus clientes se desplazaron enfrente de la casa de Marcos, no es que le hiciera demasiada gracia, pero la edad le había vuelto tolerante, todos tenían derecho a convivir, le molestaba el ruido que hacían al llegar y marchar, las conversaciones y discusiones a berridos que tenían lugar frente a su casa, a veces los vasos y botellas rotos, ¡Pero qué demonios!, él no era el dueño del planeta, aunque a veces se hubiera sentido casi como tal.

Sin embargo, su tolerancia se rompió un día de verano a las dos de la madrugada cuando se encontraba en la biblioteca situada en el piso superior con la refrigeración apagada, dejando que la suave brisa de la noche refrescara de forma natural su estancia.

Trataba de penetrar los secretos de aquel extraño libro de filosofía que había descubierto en un anticuario. Mientras lo hacía saboreaba un Grand Marnier cuvée de ciento cincuenta años con hielo de glaciar de Islandia en una copa de cristal tallado de Bohemia, una exquisitez ya casi imposible de encontrar.

Los clientes del cercano tugurio comenzaban a marchar, a sus casas o quien sabe

dónde, ponían en marcha sus ruidosas motos mientras bramaban insensateces, Marcos hizo un gesto de resignación, serían cinco minutos de incordio y luego regresaría la paz.

Pero la paz no regresó, habían establecido una especie de concurso de aceleraciones en parado para ver cuál de los cacharros conseguía hacer más ruido, el olor a gasolina y goma quemada comenzaba a invadir la biblioteca, ¿Qué clase de energúmenos podían estar causando aquel alboroto de madrugada sin pensar en los vecinos que tal vez estarían tratando de conciliar el sueño?.

Al cabo de media hora la paciencia de Marcos se agotó, primero fueron un par de truenos y relámpagos de preaviso en el cielo nocturno que en lugar de intimidar a los zangarruzos aún los animó a generar más ruido, finalmente un poderoso rayo destrozó las motos dejando malheridos a varios de ellos.

Los ruidos de los motores fueron sustituidos por gritos de angustia, sirenas de ambulancias... Etcétera.

Resignación, ya le habían estropeado la noche, se tuvo que marchar a dormir a la habitación del lado opuesto de la casa.

Cuando le comentaron lo sucedido al día siguiente respondió: “Algo me pareció oír, pero había tomado una pastilla para dormir y no me enteré de nada”.

Durante una semana reinó la paz, el ayuntamiento retiró los restos de las motos calcinadas y solo unas manchas oscuras en el pavimento daban fe de lo sucedido.

Marcos había estado de mal humor durante varios días y no había podido concentrarse en el estudio de su preciado libro, le sabía mal haber sucumbido a la tentación de utilizar su poder de forma tan evidente y más delante de su propia casa, pero pensándolo bien lo tenían bien merecido, además un rayo era un fenómeno natural que podía caer en cualquier sitio.

La vida continuaba, al llegar el fin de semana otras motos volvieron a ocupar el espacio de las destrozadas. De madrugada sus propietarios, al acabar en la taberna la ronda de alcohol y tal vez algo más, se pusieron a comentar a gritos lo que les había pasado a sus colegas la semana pasada, alguno de ellos comenzó a imitarlos mediante parodias poniendo la moto a todo gas y luego diciendo: “¡¡Chapatom!!” y tirándose al suelo aparatosamente con cara de bobalicon lo cual era celebrado con toda clase de blasfemias y risotadas.

La gracieta gustó tanto que muchos más se pusieron a imitarla, al final ya era un coro de siete motos acelerando a tope para montar el numerito.

Al cabo de media hora la paciencia de Marcos se agotó y se dijo a si mismo entre

dientes: “¿Queréis rayo...?, pues lo vais a tener”.

Efectivamente, cuando estaban en plena aceleración, un rayo más poderoso aun que el anterior destrozó las máquinas y dejó malheridos a sus propietarios, alguno de gravedad.

Aquel suceso trascendió del nivel local. Que un rayo cayera sobre unos gamberros era casualidad, pero que sucediera dos veces en el mismo lugar era casi imposible.

Se habló de castigo divino, de maldición esotérica, y finalmente hubo quien elaboró una teoría traída por los pelos, según la cual, los flujos cósmicos coincidían en aquel lugar y las vibraciones producidas por las motos podían atraer la tormenta.

Como efecto colateral, la plazuela se llenó de curiosos y periodistas que trataban de realzar el morbo de la noticia, en una ocasión en que los allí apostados preguntaron a Marcos su opinión acerca de lo ocurrido les contestó: “¿Y qué va a saber un pobre viejo como yo sobre estos temas?, cualquier cosa que les dijera sería una idiotez, lo único que sé es que no me gusta que precisamente esto ocurra delante de mi casa”.

Los ánimos se fueron calmando y Marcos pensó que por fin le dejarían en paz, pero se equivocaba, quince días después, en plena madrugada se despertó sobresaltado por un concierto de rugidos de motor mucho mayor que los anteriores, se asomó prudentemente a la ventana y para su asombro observó a dos docenas de motoristas con los motores de sus máquinas a plena potencia protegidos bajo un tenderete de malla metálica de la que sobresalían gruesos cables por los extremos.

Frente a ellos, aunque un poco retirados, había periodistas de varios medios de comunicación y algunos centenares de curiosos.

La ira le invadió y se dijo a sí mismo: “Así que os creéis muy listos y pensáis que bajo esa protección los rayos no os alcanzarán, ya os enseñaré yo a dar por culo”.

Al cabo de unos minutos un enjambre de avispas aparecía por los cuatro costados de la plaza penetrando bajo la malla y a través de ésta para cebarse en los motoristas atrapados bajo lo que se suponía debía protegerlos.

Fue una verdadera carnicería, además Marcos no se conformó con atacar a los motoristas, sino que, viendo a los fotógrafos, reporteros de televisión y curiosos tratar de no perderse detalle pensó: “Queréis gozar del espectáculo, pues lo vais a vivir en directo” e hizo que las avispas también les atacaran a ellos.

En esta ocasión hubo muertos, alguno de los motoristas más sensibles al veneno falleció, los otros se encontraban hospitalizados en estado muy grave.

Ya se comenzaba a hablar más o menos abiertamente de la maldición del lugar,

señalando la posibilidad de que la propia casa fuera la responsable, la gente argumentaba que las avispas no son nocturnas y no existía en los alrededores un avispero de donde hubieran podido salir tantos miles, por tanto tuvieron de alguna manera que ponerse de acuerdo varios nidos.

Había mucha gente soliviantada con lo sucedido, incluso había quien hablaba de derruir la construcción, otros consiguieron que el párroco hiciera una especie de exorcismo con bendiciones, agua bendita y lectura de pasajes del Evangelio.

Marcos pensó que algún iluminado podía perder los estribos y se concentró durante tres días en crear un campo de fuerza que protegiera su casa.

Hizo bien, porque una noche oscura, a las cuatro de la madrugada un fanático lanzaba una bomba incendiaria casera contra los cristales del segundo piso, el artefacto rebotó cayendo y explotando a los pies del individuo que murió quemado vivo.

A partir de aquel suceso pensó que debía actuar, al día siguiente fue a visitar al alcalde y sin más preámbulos le dijo: “Este rollo de las maldiciones me está perjudicando enormemente, el valor de mi casa habrá bajado a la mitad y si aquel loco hubiera acertado con la botella de gasolina en lugar de achicharrarse él mismo me hubiera achicharrado yo, así que he de hacer algo”.

“¿Y que puedes hacer tu frente a un asunto como éste?”.

“He pensado en reunir un grupo de expertos en temas esotéricos para que intenten averiguar qué demonios pasa y si es posible que lo neutralicen, pero tú me tienes que ayudar”.

“Si está en mi mano cuenta con ello”.

“Si que lo está, en principio quiero que hagas público lo que voy a hacer y edites un bando para que mientras esto no se arregle quede prohibida la circulación y estacionamiento en la plazuela, así como alborotos, periodistas ni reuniones de curiosos, y como la gente es muy torpe mejor si destinas un par de guardias de vigilancia”.

“Eso está hecho, cuenta con ello”.

A Marcos no le costó nada reunir un variopinto grupo de gente relacionada con lo esotérico, había desde un charlatán que afirmaba poseer poder Vudú hasta un par de universitarios con una serie de aparatos electrónicos que teóricamente podían medir los campos de fuerzas paranormales, sin olvidar una vidente, un astrólogo, un zahorí, una autodenominada bruja y un supuesto mago.

Cuando los tuvo reunidos a todos en la misma sala les comentó: “Mi oferta es la

siguiente: Alojamiento y manutención en el hotel del pueblo más cien euros diarios por persona durante un máximo de cuarenta días y cuando resuelvan el caso diez mil euros para cada uno”.

“¿Y si no lo resolvemos?”, comento la bruja que ante un caso de aquella magnitud se encontraba desbordada.

“Si no lo resolvéis yo me inventaré una solución, diremos que lo habéis resuelto y cobraréis igual, evidentemente eso quedará entre nosotros, no os conviene que se sepa que la solución no es auténtica”.

El mago intervino diciendo: “Lo que no me parece bien es el precio, yo en mi estudio gano mucho más de cien euros diarios”.

“En principio, no son cien euros diarios sino catorce mil en cuarenta días y lo más importante es el prestigio que adquiriréis todos vosotros al haber resuelto un caso que está presente en todos los medios de comunicación”.

“Por mí de acuerdo, ¿Hay alguna condición especial?”.

“Solo una, durante esos cuarenta días no haréis la más mínima declaración, ni pública ni privada, y al acabar ninguno tratará de atribuirse el mérito en exclusiva ni desprestigiar a sus compañeros”.

Estuvieron todos conformes y comenzó la investigación, pero pasaban los días y no había forma de que se pusieran de acuerdo en las causas ni mucho menos en la solución.

Al cabo de unos días, Marcos pidió a los dos universitarios que, como cosa suya trataran de averiguar quién había vivido en aquel caserón de varios siglos de antigüedad y si además había muerto en su interior.

Después de varias pesquisas descubrieron que un abuelo que vivía solo había muerto allí hacía cincuenta años, incluso consiguieron fotografiar antiguos retratos que algún familiar guardaba en el baúl de los recuerdos.

Pasado un mes, Marcos los reunió a todos y les preguntó: “¿Habéis conseguido solucionar el asunto?”.

A partir de ahí se montó una acalorada discusión entre todos ellos que Marcos cortó de raíz diciendo: “Una solución en la que no estéis todos de acuerdo no me sirve, así que pasamos al plan B que, aunque es un invento mío quien sabe si no es la verdadera posibilidad”.

“¿De qué se trata?”.

Mostrando las fotos del difunto dijo: “Este hombre murió solo en esta casa hace cincuenta años, su espíritu se encuentra atrapado y se enfurece contra aquellos que pretenden turbar su paz”.

“¿Y cómo lo hemos descubierto?”.

“Colaborando entre todos, la vidente lo ha visto. La bruja y el mago han notado su poder, el chaman lo ha conjurado y nuestros técnicos seguro que con estas fotos podrán hacer una imagen fantasmal mediante un refrito que no se parezca a ninguna pero que se asemeje al individuo, supuestamente captada por sus aparatos”.

“Está chupado, cosas más difíciles hemos hecho”.

Aquí intervino la vidente: “Todo eso está muy bien, pero... ¿Y la solución?”.

“Eso es lo bueno, que de momento no la hay, el espíritu es muy poderoso y no podrá ser expulsado, únicamente cuando fallezca de muerte natural otro de los propietarios de la casa hay posibilidades de que pueda liberarse de su condena”.

“Entonces podrá volver a suceder”.

“Si se ponen letreros de advertencia y una valla protectora frente a un transformador de alto voltaje, y aun así alguien lo toca es que es idiota y será el único culpable de lo que le pase, ahora le gente estará advertida”.

“De acuerdo, pero hemos de pensar cómo explicarlo para no contradecirnos”.

“No hay peligro, redactaremos un informe conjunto que leerá frente a la prensa el que de vosotros tenga más facilidad de palabra, y los demás diréis que por contrato tenéis prohibido hacer declaraciones individuales, sino hay palabras no hay peligro de meteduras de pata, así que discreción que os jugáis vuestro prestigio, seréis los solucionadores del gran enigma, pero habréis dado palabra de no hablar de ello”.

Así lo hicieron, el día señalado apenas cabía la prensa en el salón de actos del ayuntamiento, la mayor parte de los curiosos tuvo que contentarse con esperar fuera contenidos por los guardias municipales que les decían: “No se preocupen, lo podrán ver en televisión, escucharlo en la radio y leerlo en la prensa”.

Afortunadamente, en previsión de alborotos, la Guardia Civil envió un destacamento de refuerzo.

En la mesa presidencial se hallaba el grupo de investigadores esotéricos acompañados de Marcos y el Alcalde, cuando uno de los universitarios tomó el micrófono se hizo el silencio más absoluto: “Buenas tardes señores y señoras de la prensa y público en

general, ante todo agradecer al señor alcalde su ayuda y a todos aquellos que desinteresadamente han colaborado con nosotros, y al señor Marcos, propietario del edificio que ha financiado nuestro estudio”.

Un periodista interrumpió para preguntar: “¿Cuánto ha costado ese estudio?”.

“En principio quiero aclarar que nos limitaremos a leer el informe elaborado entre todos, pero no responderemos a ninguna pregunta en concreto, ni ahora ni posteriormente”.

Hubo un murmullo de desaprobación entre los periodistas, pero callaron cuando el muchacho continuó hablando: “Debo señalar que hemos resuelto este caso gracias a la colaboración entre todos, cada uno en su especialidad, ninguno de nosotros hubiera podido solucionarlo por sí mismo. Los videntes nos han guiado para enfocar nuestros esfuerzos, quienes poseen poderes psíquicos han conjurado al espíritu causante de estos fenómenos para que se manifieste y de esta forma nosotros hemos podido reunir las pruebas necesarias”.

Un susurro de asombro recorrió la sala al escuchar que había “Pruebas” del hecho.

El muchacho prosiguió: “Hace cincuenta años falleció en esa casa su propietario, el tío Manolo, un hombre solitario, taciturno y sin descendencia que murió solo y abandonado de todos, su espíritu necesita encontrar la paz, hemos conseguido algunas psicofonías en la vivienda, grabadas en momentos en que nadie se hallaba en su interior”.

Diciendo esto pulsó el interruptor de un magnetofón y en mitad del silencio sepulcral de los asistentes se escuchó un extraño sonido como del viento arrastrando cientos de objetos mientras una voz profunda susurraba en una especie de gemido angustioso: “Fuera de mi casa, os matareeee, quiero paz”.

“También las cámaras que han lanzado miles de fotos en el vacío han obtenido algunas impresiones”. Al encender el proyector que mostró una serie de imágenes espectrales tomadas en alguno de los rincones de la casa, se oyó algún grito de angustia entre los habitantes del pueblo de edad avanzada que dijeron: “Es el, es el tío Manolo”.

Una anciana sollozaba mientras decía: “No teníamos que haberle dejado tan solo, pero éramos tan jóvenes, además todo el mundo decía que era un hombre muy raro”.

Un periodista se atrevió a afirmar: “En el supuesto de que eso sea la causa, ¿Han hallado el remedio?”.

El chico, que ya esperaba la pregunta respondió: “Si existen unas arenas movedizas peligrosas, pero se detectan, se delimitan, se vallan y se ponen letreros de

advertencia... Ese es el remedio”.

Otro preguntó: ¿Entonces siempre habrá que transitar por esa plaza con cuidado en silencio?, ¿No se puede expulsar ese espíritu?”.

“Nuestra humilde opinión es que solo si falleciera de muerte natural algún otro propietario en el interior de la vivienda podría expulsar al espíritu vengativo”.

“¿Así que tenemos que esperar a que muera el señor Marcos para andar seguros por la plazoleta?”.

A lo que el propio Marcos respondió: “En absoluto, yo pienso morir practicando parapente en los Alpes o en los brazos de una bella polinesia en Bora Bora”.

Lo cual provocó la risa de los asistentes, hasta que otro periodista preguntó: “¿Piensan someter esas pruebas al análisis de otros expertos?”.

“Esas pruebas, los originales y datos de nuestros informes pertenecen en exclusiva al señor Marcos que hará con ellas lo que estime más oportuno”.

El mismo periodista insistió: “¿Que va a hacer con esas pruebas que tanto dinero le han costado señor Marcos?, ¿Querrá usted verificar su autenticidad?”.

“Pienso destruirlas esta misma tarde, originales, copias, todo. Lo último que deseo es avivar la polémica”.

“¿Y no le da miedo convivir con un espíritu tan peligroso?”.

“Si yo fuera un gamberro de moto ruidosa y música heavie me daría mucho miedo, pero resulta que soy un viejo solitario, así que nos haremos compañía”.

A partir de entonces el Ayuntamiento prohibió la circulación y estacionamiento de toda clase de vehículos en la plazoleta, incluyendo bicicletas y monopatines, también se instalaron letreros en todas las esquinas prohibiendo cualquier clase de ruido en su interior.

Al cabo de unos meses, un mozalbete extranjero quiso tentar al diablo y se adentró en mitad de la plaza cargando sonoros cencerros, un magnetofón escupiendo rock duro a todo volumen y haciendo estallar petardos. Sufrió un ataque mortal al corazón, a partir de entonces nadie más se atrevió a intentar algo parecido.

Otros expertos en temas esotéricos pretendieron realizar verificaciones acerca del tema por ellos mismos, pero fue inútil, porque Marcos no dejó que nadie penetrara en su casa y el alcalde aconsejado/influenciado por él no permitió que rondaran por la plazoleta ni que instalaran en ella sus aparatos.

El reconvertido bar heavie fue perdiendo gas porque a sus potenciales clientes no les apetecía reunirse en un lugar donde era peligroso armar bulla, al final tuvo que cerrar.

Poco después lo arrendó una viuda con sus dos hijas y montó un estupendo mesón de comidas caseras y tapas, le gente dijo que fracasaría porque el público no querría acudir a un establecimiento alrededor del cual habían ocurrido tantas desgracias, pero inexplicablemente tuvo un éxito arrollador.

Pasado un tiempo, Marcos ya no tuvo que concentrarse en que la gente le diera por ir al mesón, el local había cogido buena fama y funcionaba por sí solo.

La gente comentaba que ¿De dónde habría sacado el dinero aquella pobre mujer para poner en marcha la taberna, lo que nadie sabía es que el día en que ella estudiaba el local como una idea imposible se le acercó Marcos preguntándole: “¿Estás pensando en montar aquí tu negocio?”.

“Lo miro como algo inalcanzable, ni tengo dinero ni nadie me dará crédito”.

“No necesitas crédito, sino solo un adelanto, te doy a cuenta mis consumiciones de los próximos veinte años”, dicho lo cual le alargó un abultado sobre.

“Si consigo sacar adelante mi sueño y darles un futuro a mis hijas nunca podré agradecértelo bastante”.

“No me lo agradezcas, aparte de me caes bien, te aseguro que lo hago por puro interés”.

Durante los próximos veinte años, cada vez que comía o cenaba en aquel establecimiento, a la hora de pagar le decía a la patrona: “Pónmelo en cuenta”.

Algún parroquiano había llegado a preguntarle a la mujer: “Tu no acostumbras a fiar a nadie, excepto a ese, ¿Porque te da tanta confianza?”.

La mesonera riendo contestó: “No es cuestión de confianza, es que paga a cuenta por adelantado”.

La gente decía que entre aquella viuda y Marcos había algo más que una relación de cliente o una amistad, porque cuando cerraba el local en Navidad ella y sus hijas la celebraban en casa de Marcos y detalles parecidos.

Cuando le insinuaban algo ella decía: “Cuestión práctica, mi piso está en la otra punta del pueblo y de esta forma solo tengo que cruzar la plaza, además él vive solo así que todo encaja”.

“¿Y no te da miedo el espíritu que hay dentro de la casa?”.

“¿Tienes miedo tú cuando ves la policía?”.

“¿Porque, si no he hecho nada malo?”.

“Pues lo mismo, además tengo la impresión de que ese espíritu protege a la buena gente, igual que la policía”.

Cuando treinta años después Marcos falleció de puro viejo la gente no estaba segura de sí habría podido expulsar al espíritu irritable, porque había muerto en el hospital comarcal en lugar de hacerlo en su casa, poco a poco le fueron perdiendo el miedo al lugar pero nadie se atrevió a ponerlo a prueba de una forma evidente.

¿Cuántas personas habrá que vivan anónimamente entre nosotros ocultando algún poder especial?, por eso es prudente e inteligente tratar de no molestar a nadie gratuitamente, porque nunca sabemos qué clase de persona podemos tener delante.

FIN...